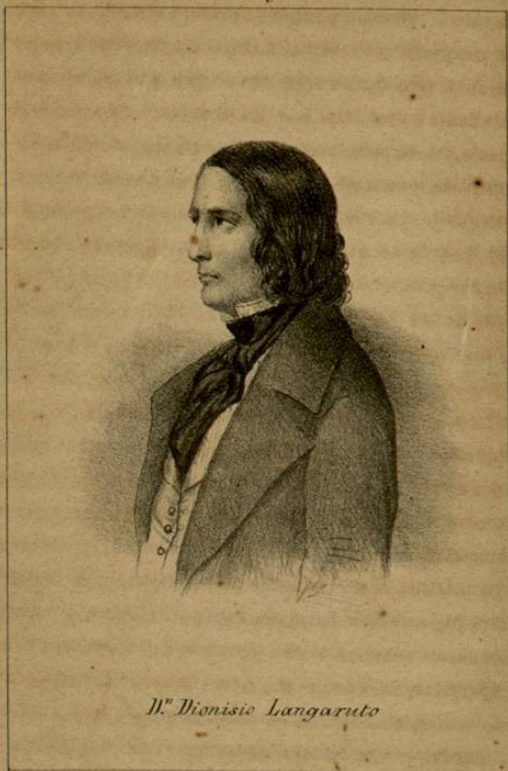


y yo que vi en mi reloj las once largas, afligido porque me habia distraído tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fui con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zaguan, que cerrado á mi satisfaccion me fui á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

CAPITULO XVIII.

Nócia de donde estaba D. Dionisio, su nueva fortuna, su llegada á México, y conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada hasta el medio dia en la mesa, á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desórden habia visto en casa de Doña Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que eran consigüientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo:—la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tienen remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y



Don Dionisio Langaruto

despues de muchas instancias, un rato de monte. Este rato se prolonga mucho mas de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño, y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevénir á una familia. Un solo hecho de esta especie, basta para contraer una aficion, que crece con los años, nunca se estingue, y que conduce al crimen, á la ignorancia, y á la pérdida del reposo, y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera tratado de inventar el medio mas eficaz de despojar á la muger de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno mas á propósito que el juego. La muger que le cobra aficion, está en un frenesí habitual, en una ansiosa inquietud, en un anhelo continuo que la priva para siempre de la aptitud para las ocupaciones serias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de escisir las consideraciones y preferencias que se tributan en toda sociedad á las señoras, porque el juego requiere una perfecta igualdad, y los jugadores de profesion la miran como su víctimas si pierde, como su enemiga si gana, y en todos casos como su cómplice. Cuando esta perversa propension se ha hecho dominante, no sé cómo se pueda oponer á la inmoralidad y al desórden, ni creo que puede haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones mas depravadas, el embrutecimiento, la chocarrería, las libertades mas

groseras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradacion que imprime en el alma, aletarga las facultades, la condena á ejercitar su comprension en la mas despreciable de las futilidades, y dándole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios y el deseo de ella y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el mas eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el mas absoluto despotismo, porque interesado este en convertir al hombre en máquina, ¿puede inventarse un medio mas seguro que el que lo reduce á fijar toda su atencion en las vicisitudes del azahar, y en los movimientos de unos cartones pintados? Hablo solo con mi familia, y creo que ninguno de ella es capaz de venderme por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro diré, que en mi juventud vi que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades, conque los agentes de la tiranía habian inficionado mi patria; pero esta, si no en la presente lucha, aunque mas tarde, ha de ser libre á costa de cualquier sacrificio, y esta consideracion solo es bastante para imprimir el sello de la proscripcion y de la ignominia á un pasatiempo mas destructor que la guerra desoladora, y dejarnos el tiempo espedido para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos que ya serán nuestros hijos, y muy

particularmente las mugeres que son las encargadas de dar las primeras impresiones á la infancia.

Asi discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarian las señoras Langaruto, cuando al terminar la mesa metieron á D. Rodrigo dos cartas que conducia el cartero, y vió una grande que venia de Chihuahua y tan abultada, que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte de dos reales. Pagó ambos, y llamándole la atencion la primera por lo abultada y por ser de un punto en donde no tenia ninguna relacion la rompió, y con admiracion dió un grito de sorpresa: "D. Dionisio, D. Dionisio." Todos nos sorprendimos é interesamos en saber cuál era la suerte de aquel hombre, y el coronel apartando una carta que venia para Doña Eufrosina, otra para Pomposita, y otra para un comerciante, leyó la que á él se dirigia, y decia asi:

Señor coronel D. Rodrigo Linarte.—Chihuahua, &c.—Mi muy amado hermano y mejor amigo: cuando la triste situacion á que me redujeron mis pasados desórdenes, me hicieron separar de mi casa y familia, el volver á ella, era de lo que menos esperanza tenía. El despecho me conducia errante y sin destino, y era inevitable perderme; pero la Providencia Divina que ha escuchado seguramente las oraciones de usted, mi hermana y sobrina, me preparó el remedio de mis males. Yo con el carácter de soltero y con

el nombre de Pedro Murguta me destiné en Durango en una tienda por el mezquino sueldo de cien pesos anuales, con el que sufrí un año, y concluido me subió mi amo cincuenta pesos mas; pero habiéndole escrito un comerciante de Chihuahua que un amigo suyo necesitaba un cajero de confianza y que daría doscientos cincuenta pesos, me lo propuso, y yo que deseaba alejarme todo lo mas posible, acepté y marché á los tres dias. Llegué á mi destino, y me encontré con que mi nuevo amo era un español, solteron viejo de sesenta años que tenia una tienda con cosa de ocho mil pesos, una casa propia, y una hacienda que valia treinta y cinco mil; pero me enfrié cuando oí que se llamaba D. Ambrosio Langarulo. Sin embargo, resuelto á ocultar mi nombre, comencé mis trabajos como hombre que no desconoce los negocios, de que resultó que á pocos meses me dijera mi amo: "D. Pedro, yo estoy viejo, no tengo aquí pariente alguno que vea por mí, y usted ha simpalizado conmigo, á mas que le veo amor al trabajo: desde hoy se encarga usted del cuidado y administracion de todos mis intereses, véame usted como un amigo, que yo quiero serlo de usted y no le ha de pesar." Yo le ofrecí cuanto me exigía, y desde entonces comencé á manejarlo todo con la exactitud y fidelidad que debía. En las conversaciones familiares que despues tuvimos, descubrí que mi amo era hermano menor de mi padre, que vinieron juntos de España, y que por una riña que tuvieron, se separaron. Mi padre quedó en esa ciudad y D. Ambrosio se vino á esta, sin que jamas volvieran á comuni-

carse de ningun modo.—Conciba usted cómo quedaria con tal noticia, y la incertidumbre en que entré, de si me descubria ó no; pero me resolví á lo segundo y así me mantuve hasta ahora hace dos meses, que mirando que mi amo se agravaba de sus achaques habituales, y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiéndome de poner con disimulo mi partida de bautismo que tuve cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir, ella dijese quien yo era, y se avisara á mi familia. Tan pronto como la leyó, comenzó á gritar: Dionisio, Dionisio; y yo temblando y anegado en llanto acudí á verlo. Ya lo encontré que venia á buscarme: me leché á sus piés, se los besé porque veía en él la imágen de mi padre y me alzó: nos abrazamos, y cuando astuvimos desahogados, le conté mi historia. El me previno dispusiera mandar por mi familia á toda costa, y así lo habria yo hecho si mi tio no cayera gravemente malo. Los tres dias: se fué poniendo peor cada dia, hizo su testamento en que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace mes y ocho dias.—Hice sus funerales como correspondia, lo mismo que sus honras: y determinando luego volver al seno de mi familia, he traspasado la tienda, de lo que mando á usted la adjunta libranza de tres mil pesos, que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija lo reciban como una prueba de mi amor, y de la mejora de nuestra suerte.—Solo aguardo á que me den el valor de la casa y hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo pa-

ra esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acreedores, y de abrazar á usted, á mi hermana y sobrina, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño. Entre tanto mande usted como guste á su apasionado y agradecido hermano que ansia por verlo y atentó b. s. m.—

DIONISIO LANGARUTO.

Todos nos llenamos de alegría, y mi tutor me mandó que inmediatamente la llevase á casa de Doña Eufrosina y Pomposita, á quienes encontramos llorando porque no tenían ya esperanzas algunas para remediar sus necesidades: luego que vieron á D. Rodrigo, procuraron disimular su estado lo mejor posible, y despues de saludarle entre humillacion y orgullo, que disimuló el coronei, les dijo que ya estaba instruido de la situacion en que se hallaban, y que para ellas era conductor de un gran consuelo que les enviaba la Providencia, como lo verian por las cartas que les entregaba, así como les entregaria al dia siguiente tres mil pesos que esperaba le darian de la libranza, porque era contra buena casa.

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alharacas y privaciones, etc. se les auxilió con lo necesario, y dejándoles mi tutor veinte pesos, nos retiramos despues de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al dia siguiente se cobró la libranza, y yo fui el comisionado para entregarles el

dinero, que recibieron con cuanto gusto se puede imagidar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase, metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba ¿qué iban á hacer? advirtiéndolas de que era menester meditar cualquiera cosa, y de que se fueran con tien-to en gastar, porque no sabiamos si la Providencia dispondria que fuera el último socorro. A todo contestaron que siendo otra vez ricas, no les correspondia la casa que tenían, ni todo lo demas, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera á andar por las calles principales, y que donde viera cédulas de casa vacia allí parase. Por mas que yo les decia en el camino, nada bastó á disuadirlas, antes me dijeron que era un necio, que habia formádome por las ranciedades de mi tutor á quien le atribuian ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad de la economía que usaba mi tutor, que justamente huía de la prodigalidad y despilfarro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á que salir: y en estas y las otras paró el coche en la calle Vergara, y entramos á una casa que estaba de traspaso, porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razon tambien vendian algunos muebles de lujo. En dos por tres, aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles, y me

encargaron hiciese al cochero subir el dinero: de él se pagó lo tratado, se recogió recibo, se convinieron que al día siguiente recogerían todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las mismas Langurato, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y media en distintos cajones de ropa, de que fué el coche bien habilitado.

Tal principio tuvo la nueva fortuna de aquella familia. Al otro día fueron á recibir la casa y se mudaron en el momento: mandaron imprimir papeletas, y las repartieron á todas las personas particulares de sus antiguas relaciones y amistades. De que resultó que el síndico del concurso de D. Dionisio, tan luego como supo todo esto, solicitó se embargase lo que tenía la familia, y fueron al efecto á la calle de Vergara. Doña Eufrosina queriendo ó no, mandó llamar á mi tutor, quien fué á ver al síndico, y manifestándole la carta del deudor, le persuadió que dentro de poco estaría aquí y pagaría lo que restaba, pues que no lo había olvidado. Con este se contuvo el embargo, y como este servicio del coronel obligaba las consideraciones de Eufrosina y Pomposita, esa tarde mandaron por un coche y fueron á visitarlos lo mismo que á Pudenciana y su marido. En ambas casas recibieron los mejores consejos para su posterior conducta; mas era lo me

nos en que ellas fijaban su atención. Al siguiente día mi tutor, Doña Matilde, D. Modesto y Pudenciana fueron á pagar la visita, aunque con repugnancia del primero; pero vencióse porque D. Dionisio no los encontrase desavenidos, y entendiérase todo lo ocurrido con su familia, pues que esto sería un gran pesar para un pobre hombre que venía de nuevo á comenzar su vida después de algunos padecimientos. Con aquella visita quedaron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó D. Dionisio Langaruto, parando en la casa de mi tutor, de donde pasó á la de Pudenciana y rogó que lo acompañásemos todos á la suya, y montando en el mismo coche de camino en que él había venido solo, obsequiamos su voluntad. Pomposita que estaba en el balcon, luego que vió parar el coche, gritó á su mamá, y ambas bajaron hasta el patio donde ya nos encontraron. Madre é hija sin hablar palabra y bañadas en llanto, se abrazaron de D. Dionisio que quedó hecho una estatua y sus ojos rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la mas placentera felicidad en aquel momento que creían el mas dichoso de su vida. Mi tutor, su esposa, D. Modesto y Pudenciana con los ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala, donde poco á poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las

mejores palabras de amor y sensibilidad. Los criados que traía D. Dionisio, tan pronto como descargaron el coche, de cuya comision me encargué, y que colocaron este y las mulas en su lugar, subieron á ofrecerse á sus amas, á quienes los recomendó Langaruto diciendo que habian muchos años servido á su tío con fidelidad, y reconocido, se los habia traído en su compañía.

Comimos allí aquel dia, y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas y ofertas. Al dia siguiente á la hora de almorzar llegó D. Dionisio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos, y al momento nos suplicó bajásemos á verlos. Ya en el patio dijo al coronel que no creeria que lo amaba como hermano y amigo, si no recibia aquella pequeña demostracion de su voluntad y reconocimiento: que un caballo retinto que allí estaba era para mi tutor. el tordillo para D. Modesto, un rosillo para Doña Matilde, un colorado saino para Pudenciana, y un moro para mí. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mí se me iban los ojos tras el moro que era de la mejor estampa, aunque parecia inferior entre los cinco, y por último á las instancias los recibimos dando muy espresivas gracias.

Subimos á almorzar, para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó cuanto le

habia pasado desde que se separó de su casa, y concluyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo: "la experiencia me ha dado á conocer cuánto mal me manejé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta segun me lo aconsejó y encargó en los últimos momentos de su vida mi tío y bienhechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un dia de campo, entre los de nuestra familia, y al que no concurrirán mas estraños, que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver al síndico del concurso de mis bienes, y mirando la cuenta que tiene bien formada, vi que entre lo que se adeudaba á los acreedores, y lo que se ha pagado de costas, debia yo once mil y pico de pesos que en el acto le pagué en buenas libranzas, que aceptó luego á presencia del escribano que fué á dar cuenta de todo al juez, para que dé por concluido el concurso, y se archive segun pedimos en un escrito el síndico y yo." Todos lo felicitamos por su ventura, y quedamos en asistir al dia de campo, que tuvimos en una casa de la Orilla, con mucho placer, pues vimos que D. Dionisio era completamente otro hombre.

En la mañana siguiente á su llegada, traspasó D. Dionisio una tienda de ropa en el Parian, cerca de otra que ya tenia D. Modesto con buen capital á que habia subido por su continuo afan, cuidado y econo-

mía de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde, hacia la felicidad de su marido, al mismo tiempo que cuidaba atentamente de la educacion de dos niños y una niña que ya tenian, y cuyas primeras impresiones estaba haciendo por sí, decidida á no mandarlos á las amigas á donde mas bien van á corromperse los niños que á aprender, porque las maestras no son capaces de nada, y todo se les va en regañar, gritar, remedar, coscorronear, azotar, y nada de enseñar, porque ó á ellas no las enseñaron, ó no tienen genio, método ni empeño para el lleno de sus deberes.

Abierto el cajon de D. Dionisio, que ya, si bien trataba con amor á su familia, no le permitia los anteriores despilfarros, presentaba las mejores esperanzas; pero fué el caso, que allí mismo no faltaron imprudentes que so color de amistad le fueron imponiendo de la conducta toda que durante su ausencia observaron su muger é hija, lo que no dejó de desazonarlo, é indisponiéndose mas por las impertinentes solicitudes de una y otra, que anhelaban por sus antiguas tertulias, teatro etc. etc., á los tres meses de venido, por un baile que emprendieron ellas, y á que no quiso acceder, riñeron marido y muger de tal modo, y le dijo ella tantos insultos, que de resultas de tan grande cólera y derramamiento de bilis le dió una fiebre que se le agravó en momentos.

Siete dias estuvo en una terrible incertidumbre asistido de Doña Matilde y Pudenciana que acudieron á ese efecto, ayudándolas nuestra Quijotita, como una hija que ya conocia cuánta falta le hacia su padre. No así Eufrosina que en los primeros dias apenas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle mas. Estaba sentada con una aparente melancolía; pero jamás le vieron echar una lágrima. Una vez se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verla: le dijo dos palabras, salióse luego dando algunos suspiros, y nada mas. El coronel aprovechando los momentos, hizo llamar un escribano, y D. Dionisio hizo su testamento, en que nombraba de heredera á su hija: mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tio y bienhechor D. Ambrosio Langaruto, y aunque mi tutor lo resistió bastante quedó nombrado albacea con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mio, porque veiamos las incomodidades que esto le traeria.

Finalmente, D. Dionisio volvió á agravarse y despues de sacramentado, rodeado de sus amigos, parientes é hija, espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata, y mas fué engaño que verdadero dolor, alguna lágrima que salió de sus ojos: asistió con enterea á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales, y luego que estuvo enterrado el cadá-

ver, se dedicó con el mayor escrúpulo á cuanto podia constituir mas culto y perfecto su duelo. Toda la conducta de esa vil muger estaba demostrando que nunca tuvo á su marido mas que un amor interesado: que el gusto de su regreso fué porque esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que como esto se le alejó porque el colmo de la desgracia habia hecho cuerdo á su marido, lo aborreció y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquel caual.

Concurrieron á dar el pésame los parientes y amigos, y á la verdad, que al principio cada uno procuraba espresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa: pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma suministraba argumentos consolatorios. *Me consuela, decia que no soy una vieja. No tenia mas que cincuenta y un años. De allí á poco decia: Me consuela, que quedo con alguna cosa en el mundo.* Despues de algun momento añadia: *me consuelo con tener algunos parientes y amigos. No mucho despues replicaba: me consuela que no tengo mas de una hija ya grande, y no fea ni sin gracias.* Luego sucesivamente: *me consuela que no tengo que estar sujeta á voluntad ajena; soy libre y sin sujecion, podré hacer lo que quiera.*

En suma, ella por si misma andaba buscando y eligiendo motivos de consuelo, sin que alguno se fa-

tigase en enjugar sus lágrimas, pues no habia derramado ninguna: su amor era un amor interesado. Las mugeres de esta clase por su comodidad aman al marido. Cuando llegan á perderle, lloran su pérdida propia, sobre la que reflexionan; pero no la pérdida de un fiel compañero. Esto sucedió á Eufrosina: la pérdida del marido no le quitó las comodidades y abundancias, antes bien se las aumentó, porque quedaba absoluta é independiente, y por lo mismo en su imaginacion no halló motivo de llorar y de lamentarse. Y así dijo con bastante energia una de sus amigas que fué á visitarla. *Esta señora tiene tantos consuelos, que se puede decir que ha logrado muchas satisfacciones.*

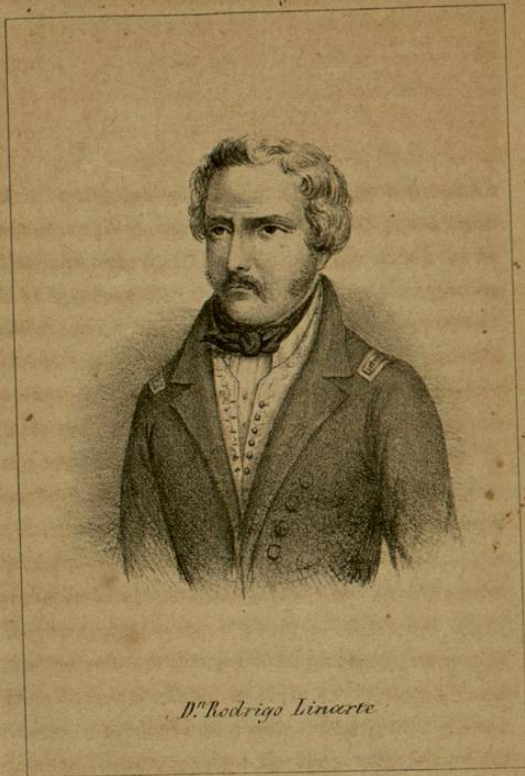
No se conducia así nuestra Quijotita, que aunque malamente educada, tenia una alma algo sensible, y no las tenia muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con Doña Matilde y Pudenciana, que estuvieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto, que solo salian á cosas precisas y volvian á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

CAPITULO XIX.

El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y la Quejotita continúan sus desbaratos, Pudentiana y su marido, constantes en su buena conducta, progresan. El coronel cuenta la historia de una viuda.

Luego que pasaren los nueve días del duelo de D. Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querian que los inventarios fuesen estrajudiciales, ya porque entre dos solas interesadas y de su clase no debian esperarse diferencias, y ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un dineral, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los días, comen en ellos medio lado, y luego el tasador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija esa opinion, porque querian las muy necias entrar en relaciones con esas gentes, y que viera el mundo que todo se hacia con lujo y ostentacion; pero por último cedieron á las prudentes persuasiones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocia de juicio, é hizo y presentó un escrito al alcalde ordinario de primer voto, pidiéndole licencia para hacer

La Quejotita .



D. Rodrigo Linarte

los inventarios estrajudicialmente, que se notificase á Pomposita nombrara curador *ad litem* porque solo tenia veintitres años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma, previa la fianza de la ley. El juez proveyó *como lo pide*, y notificada Pomposita, salió con la quijotada de nombrar por su curador al conde de...y aunque mi tutor le manifestó que esa clase de sugetos por su rango se escusaban de hacer esos servicios, que cuando los aceptaban era por cumplimiento, y nunca llenaban su deber, ella y la madre insistieron en su nombramiento, diciendo que á una señorita de su representacion no le correspondia nombrar á un cualquiera, y que en el momento iban á ver al conde, como fueron de facto, y volvieron asegurando que estaba pronto á aceptar por lo que asentadas las diligencias necesarias quedó discernido el cargo de curador al señor conde.

Inmediatamente se precedió á todo lo demas pedido en el escrito; y los inventarios, á que nunca asistió el señor curador, quedaron concluidos en cinco dias: en seguida mi tutor los presentó con un escrito pidiendo que lo ratificasen los peritos con juramento, y que si haciéndose saber á las partes no contradecian, se aprobasen y elevasen y la esfera de inventarios jurídicos, obligando á las partes á estar y pasar por ellos en todo tiempo. Así se hizo todo

previa la deferencia de la viuda y del curador de la Quijotita, mas Quijote que ella, y quien de nada tenia menos cuidado que de la pupila y sus intereses. En este estado se pidió el nombramiento de contador, que recayó de acuerdo de los interesados en el licenciado Toño Carretas, que aceptó, y recibidos los autos formó la cuenta divisoria, que presentó y fué aprobada de consentimiento de las partes, deducido el quinto, de que se rebajaron los gastos de entierro, y mandas forzosas, distribuido el resto en limosnas de misas, la cuarta parte como debe ser, en la parroquia á que correspondió el testador; y las demas en S. Coame, S. Fernando, S. Diego, y á algunos clérigos de buena conducta y necesitados que mi tutor buscó, todo segun la intencion de D. Dionisio, y recogiendo recibos de todo. Resultó por último, que no habiendo de gananciales en el poco tiempo que á su vuelta sobrevivió D. Dionisio, mas que dos mil cien pesos, tocó á la viuda Eufrosina la gran cantidad de una mil cincuenta, y á Pomposita por su total herencia, la de treinta y siete mil y cincuenta pesos.

No puede ponderarse la pesadumbre que recibió Eufrosina al verse tan pobre, cuando se imaginaba dueña absoluta de todo el caudal, y el orgullo que adquirió nuestra Quijotita, que mirándose dueña de todo, reconoció la superioridad que iba á tener sobre su madre.

Hasta aquí no habian ido tan mal las cosas del albaceazgo; pero como mi tutor tenia obligacion de asegurar el interés de la menor, y no dejar el libre manejo de esos bienes á dos locas, propuso para el efecto los medios mas prudentes, que no admitian, porque para ellas todo era bueno, menos el sujetarse á que otro ordenadamente les manejase y distribuyese aquello, pues lo que querian era libertad para disponer á su arbitrio. De esto resultó que se indispusiera mi tutor, hasta que la viuda le dijo que mientras pensaba lo que debía hacerse, se suspendiese todo, como se suspendió, sin que restara otra cosa de parte del albacea, que en mes y medio habia concluido la testamentaria. ¡Ojalá y hubiera muchos albaceas como este! Pero apenas se halla uno en cada cien mil.

Entre tanto Eufrosina y su digna hija comenzaron á disipar su dolor con algunos paseos y dias de campo entre sus amistades antiguas y mas análogas á sus ideas, pues aunque mi tutor les iba á la mano, nada conseguia, ni logró quitarles de la cabeza que pusieran coche. Aunque él les instaba sobre que se resolviera lo que debía hacerse con los bienes de la menor, porque queria terminar eso, no le contestaban mas de que habian consultado y esperaban la respuesta.

La consulta la habian hecho de facto; pero á personas tan fatuas y tan calaveras como ellas, y el consejo que acordaron en una concurrencia tenida para ello, fué que se determinara Pomposita á casarse: que no faltaria hombre de su gusto y de franqueza, y entonces podria quitarse ya de la fiscalizacion é intervencion de su albacea tan miserable y mentecato: y he aquí ya á nuestra Quijotita fija en casarse y en buscar para ello un marqués ó conde como tenia de antigua mania.

Al mismo tiempo que Eufrosina y Pomposa continuaban labrando el edificio que las habia de envolver en su ruina, D. Modesto y Pudenciana iban progresando á gran prisa, de manera que haciendo su balance en aquellos dias, se encontraron con un capital de sesenta mil pesos, que no se echaba de ver por el grande arreglo que habia en los gastos. La casa, que tenia las piezas necesarias sin ninguna de sobra, les ganaba veinte pesos, no habia mas criados que el portero, cocinera, costurera, y una jóven pobre, de familia decente y religiosa con muy buenas costumbres, que ayudaba á Pudenciana en el cuidado y educacion de los niños.

En estas circunstancias se anunció en la Gaceta el remate de una casa en la calle del Relox, y por consejo de mi tutor que manifestó á sus hijos, (co-

mo llamaba á ambos) las ventajas de tener uno su casa sin esperar al casero todos los meses, y con la libertad de ponerla segun que les conviniera ó fuera de su gusto, D. Modesto se determinó á hacerle postura; pero con la condicion que él y Pudenciana esciguieron de sus padres, de que se irian á vivir con ellos, á lo que condescendieron en fuerza de instancias y ruegos, y tambien porque no podian sufrir sus corazones el separarse algo de tan buenos hijos.

Llegó el dia del remate al que se presentó D. Modesto con papel de abono del conde de Agreda, y rivalizando con moderacion con otros dos postores, fincó en él el remate de la casa, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dando al contado diez y ocho, y reconociendo catorce de unas capellanias que reportaba la finca, con libertad de redimir cada año el capital que le fuera conveniente.

Tan luego como recibieron la casa, le hicieron las composturas necesarias, y se mudaron padres, hijos y nietos, que desde entonces formaron una familia la mas armoniosa y llena de placer, pues que á todo cooperaba la dulzura de aquellos genios y su muy buena educacion, añadiéndose á esta felicidad la de que el coronel para tener una ocupacion útil á la familia, se encargó de la educacion de sus nietos varones que lo amaban tiernamente, y observaban como inviolables preceptos los consejos que les daba.

Un día que D. Rodrigo habló de lo inquieto que estaba por no acabar de asegurar los bienes de Pomposita, á causa de las entretengas de ella y de la madre, se promovió conversacion entre todos sobre la suerte de aquellas señoras, y del modo como podria evitarse el mal que por sí debian hacerse. Cada uno propuso lo que creyó conveniente, y D. Modesto espuso que creia útil que Pomposita casara con un hombre de juicio y madurez que supiera sujetarla, pues que ya en ese estado, la madre que casi nada tenia por sí, se veria estrechada á estar quieta.

Oido esto, mi tutor tomó la palabra y dijo: "la cosa, señores, era muy buena; pero es menester no pensar en lo que no ha de poder verificarse. Esas señoras no se comunican con personas entre quienes puedan proporcionarse un hombre de los tamaños y cualidades que necesitan para hacerlas entrar al órden, ni son ellas las que han de presentar una trasformacion milagrosa, porque ya están mal habituadas á causa de D. Dionisio (que en paz descanse) que no supo arreglar su casa, ni mi padre político (que de Dios goce) habia dado á sus hijas mas educacion que tenerlas absolutamente encerradas, rezando, sin tratar con nadie, ni salir mas que á misa, á confesarse y á comulgar, y sin proporcionarles conocimientos para saberse conducir en el mundo, y con estos principios y el otro extremo en que cayó

la casa de D. Dionisio, es imposible esperar ya nada bueno. Todo extremo es vicioso, y mucho mas en la educacion, que debe darse con mucha discrecion para que no tenga con el tiempo funestos resultados."

"Algo viene al caso una historia que sé de personas conocidas, y que me parece átil contar, por si mi Matilde ó mi Pudenciana ~~ca~~viudaren, que por mí no es muy difícil, porque ya estoy muy cerca del sepulcro. No pudo proseguir porque todos nos enternecimos, y Doña Matilde y Pudenciana bañadas en lágrimas corrieron á abrazarlo, sin quererlo dejar, hasta que él las persuadió, las halagó, y se las sentó una á cada lado, diciéndoles: "hijas mías, la muerte debe ser esperada con tranquilidad. Oramos como verdaderos cristianos, y no la temamos, que acaso Dios la manda para dar descanso al hombre, y premiarle las pocas buenas obras que haya hecho; pero dejemos eso por ahora, y vamos á mi historia."

“En una ciudad no muy distante de esta capital, hubo un padre de familias, que le habria estado mejor ser donado demandero de algun convento, pues que no supo educar á los hijos que tenia, y crió siempre en un *santo encierro* y una *virtuosísima* ignorancia, de que resultó que á la muerte de aquel necio, ninguno de su familia supiera manejar lo que

dejó, y que al mismo tiempo que no se ocupaban mas que de rezar, se acabara el capital. Dejemos la suerte de los otros hijos, y hablemos solo de la que hace el papel principal de la historia que he anunciado. Esta infeliz jóven despues de algunas escaseces que padeció al lado de su madre, tuvo la *chiripa* de casar con un hombre de bien muy trabajador; pero de edad ya algo avanzada y de ideas rancias é imprudentes, de manera que continuó nuestra jóven la misma vida que cuando eccistia su padre. Así vivieron cosa de seis años, á cuyo tiempo murió el marido, y quedó nuestra viuda con cuatro hijos; pero en la edad de veintidos años, con no malos bigotes, y con cosa de sesenta mil pesos. En estas circunstancias se le presenta un militar del alma mas negra que se le puede imaginar y de una verbosidad muy propia para enredar á aquella honradísima bestia: le hace setenta mil ofrecimientos, le promete una proteccion decidida, y por último se encarga de todos los negocios de la casa, ocultando maliciosamente que era casado. Se hizo estender un poder amplísimo que nuestra viuda firmó como quien firma en barbecho, y ya desde entonces quedó constituida una pupila de aquel malvado, que poco á poco fué ganando el corazon de aquella miserable, y en breve lo hizo dueño de su honor y de cuanto poseia. Ese perverso para cubrir las esterioridades,

hizo se formalizase la testamentaria, y quiso que no quiso, como el curador de los menores no era como él, aseguraron las legitimas de esos pupilos, y nuestro militar fué tomando en pesos fuertes y floridos el haber de la viuda, con los que satisfacía sus vicios y muy particularmente el del juego, que es capaz de acabar con el candal de Terreros y mil Bordas; y marchaba tan de prisa en su dilapidacion, y de un modo tan público, que no faltó quien por caridad hablase á la viuda para que se resolviera á arrojar de sí y de su casa á aquel lagarto. La viuda, que á pesar de su tontera, no dejaba de conocer lo mal que sus cosas caminaban, que se veía con mas hijos, que ya estaba desengañada de que aquel pérfido era casado, y que ya le hostigaba el trato altanero, grosero y cruel que le daba, se resolvió á librarse de él, le intimó la separacion de su casa, y se encuentra con que aquel malvado á pocos dias le presenta una cuenta en que hace parecer le debe cantidad considerable, demandándola ejecutivamente y jurándole habia de procurar su ruina por cuantos medios alcanzare. Así fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el carácter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja escoge, por direccion de la persona que la habia despertado, un abogado hom-

bre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con órden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos tahures desnudos de bienes, ella lo perdió todo: y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habiau mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria ”

He contado la historia de la viuda: y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando á la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas menejarte sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

CAPITULO XX.

Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quién era este, y prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda, y como la primera ya tenia pedida y gastada la mayor parte de su haber, volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron *tan juicioso pensamiento*, y se convinieron entre sí y con reserva, en buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tuviera para divertirse y gastar con toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y á su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarles al señor D. Raimundo Dedorro, marqués de Peña-Hermosa, que acababa de llegar de España con comision reservada del rey, y que